

hierba sus piecitos blancos. Lo sombra se había hecho mayor; el Cercado de María era un lago de oscuridad entre los grandes árboles vecinos y la negra masa de la Catedral. Encima de las tinieblas del suelo no se veía más que los piecitos blancos, con la blancura satinada de las palomas.

Asustada, temerosa del agua, Angélica siguió el Temblón para llegar á la tabla que servía de puente; pero Feliciano había cortado el terreno á través de la maleza.

Tan tímido hasta entonces, viendo los pies blancos, se había puesto más encendido que ella, y una llama le impulsaba: hubiera querido proclamar á gritos la pasión que de todo su ser se había apoderado desde el primer día, en el desbordamiento de su juventud. Pero, al tropezarla, sólo supo balbucear, con voz desfallecida, la confesión por tanto tiempo retardada, y que le quemaba los labios:

—Te amo.

Angélica, fuera de sí, se detuvo; un momento, parada y erguida, le miró: la cólera, el odio que creía tenerle desaparecían y como que se fundían en un sentimiento de angustia, deleitosa.

¿Qué la había dicho para sentirse trastornada de tal suerte? La amaba: ya lo sabía; pero la palabra murmurada á su oído la llenaba de asombro y de temor.

El, más animado, con el corazón abierto y sintiéndose más cercano á ella por la caridad, que era su cómplice, repitió:

—Te amo.

Y Angélica huyó de nuevo, temiendo al amante.

No la detuvo el Temblón: penetró en él como cervatilla perseguida. Sus piecitos blancos pisaron los gujarros, bajo el estremecimiento del agua helada: cerróse la puerta del jardín y desaparecieron.

Dos días seguidos fué presa Angélica de grandes remordimientos; en cuanto se hallaba sola, sollozaba como si hubiese cometido una falta. Siempre la pregunta espantosamente oscura renacía: ¿había faltado con aquel joven? ¿Estaba perdida como las malas mujeres de la *Leyenda* que ceden al diablo? Aquella frase, pronunciada en voz baja, *te amo*, zumbaba en sus oídos con tal estrépito, que por fuerza debía provenir de alguna potencia terrible, oculta en lo más hondo de lo invisible. Pero no sabía ni podía saber nada por la ignorancia en que había crecido.

¿Había pecado con aquel joven? Esto se preguntaba de continuo, haciendo por recordar los hechos y discutiendo uno á uno los escrúpulos de su conciencia. ¿Qué era el pecado? ¿Bastaba verse y hablar, y luego mentir á los padres? No debía de ser esto el mal. Entonces, ¿por qué se desesperaba? ¿Por qué, no siendo culpable, sentíase otra mujer y como agitada por un espíritu nuevo? Quizá era el pecado lo que brotaba en el fondo de aquel sordo malestar que la hacía desfallecer.

Sentíase el corazón lleno de cosas vagas, indeterminadas, como una confusión de palabras y de actos que no habían acaecido, pero que iban á venir, y que la asustaban sin comprenderlos. Una ola de sangre enro-

jecia sus mejillas; oía estallar las palabras terribles *te amo*, y ya no raciocinaba, sino que se echaba á sollozar, dudando de todo, temiendo la falta que estaba por venir, algo que no tenía nombre ni forma todavía.

Lo que más la atormentaba era no haber abierto su pecho á Hubertina. Preguntándola, no hay duda que con una sola palabra le hubiese descubierto el misterio: ademas, le parecía que con sólo hablar á alguien de su mal, curaría.

Pero ya el secreto era muy grande, y ahora se moriría de vergüenza al revelarlo. Se hacía astuta, afectaba un aspecto tranquilo, cuando en el fondo de su ser sentía hervir la tormenta. Cuando la hacían preguntas sobre sus distracciones, abría sus grandes ojos como sorprendida, y contestaba que no pensaba en nada.

Sentada junto á su bastidor, pasaba la aguja maquinalmente, muy tranquila, cuando la deboraba de la mañana á la noche un pensamiento único: ¡ser amada! ¡Ser amada! Y á su vez ¿amaba? Otra pregunta que su ignorancia llenaba de oscuridad y dejaba sin respuesta.

Repetíase hasta aturdirse, hasta que las palabras perdían su sentido usual: todo iba á una especie de vértigo que la arrastraba. Hacía un esfuerzo para volver en sí, y se hallaba de nuevo con la aguja en la mano, bordando, á pesar de todo, con la aplicación de costumbre, como en un ensueño.

Quizá—pensaba—incubaba una grave enfermedad. Una noche, al meterse en cama, sintió un gran escalofrío, que la hizo temer que no se levantaría más.

Latía su corazón como si fuera á romperse: zumbábanle los oídos con gran rumor como de campanas. ¿Era que amaba, ó que se iba á morir? Y miraba sonriendo tranquilamente á Hubertina que, encerrando el hilo, á su vez la miraba inquieta.

Con todo esto, había jurado no volver á ver á Feliciano. Ya no se arriesgaba por entre las zarzas del Cer-

cado de María, ni visitaba á los pobres. Lo que la llenaba de espanto era pensar que el día en que volvieran á verse sucediera algo espantoso. En su determinación había también algo de penitencia por el pecado que no había cometido, pero que hubiera podido cometer. Las mañanas en que se sentía más rígida y severa, ni siquiera miraba á la ventana, por miedo de ver á orillas del Temblón á aquél que temía. Y si la tentación la llevaba á mirar, y no le veía, se quedaba muy triste hasta el día siguiente.

A todo esto, una mañana Hubert estaba arreglando una dalmática, cuando un campanillazo le hizo bajar; debía ser un parroquiano, algún encargo sin duda, porque Hubertina y Angélica oían el rumor de una conversación que subía por la puerta de la escalera, que había quedado abierta. A poco levantaron la cabeza, sorprendidas, oyendo pasos que subían; era el bordador, que subía con el parroquiano ¡cosa rara! Angélica se quedó parada al reconocer á Feliciano. Iba vestido con sencillez, como un artesano, pero tenía las manos blancas. Ya que ella no iba hacia él, él se acercaba á ella, después de varios días de vana espera y ansiosa incertidumbre, pasadas diciéndose que le amaba.

—Mira, hija mía, dijo Hubert. Algo para tí. Este señor quiere encargarnos un trabajo excepcional. Y para hablar de esto con más tranquilidad, he preferido recibirle aquí. Enseñe usted, señor, el dibujo á mi hija.

Ni el bordador ni su mujer concibieron la menor sospecha; se acercaron no más que por curiosidad, para ver. Pero Feliciano se sintió ahogado por la emoción, al igual que Angélica. Al desenrollar el dibujo temblábanle las manos, y se puso á hablar muy lentamente, para ocultar la turbación de su voz.

—Es una mitra para Monseñor. Algunas señoras de la ciudad, que quieren hacerle un regalo, me han dado el encargo de hacer los dibujos y vigilar la ejecución de la obra. Soy pintor en vidrio, pero me ocupo también mu-

cho de arte antiguo. Así, vean ustedes; no he hecho más que reconstituir una mitra gótica.

Angélica, inclinada sobre la hoja de papel sostenida por Feliciano, exclamó:

—¡Oh, Santa Inés!

Era, con efecto, la mártir de trece años, la virgen desnuda, cubierto no más que por su cabellera, que sólo dejaba ver sus piececitos y sus manecitas, tal como estaba sobre el pilar de la puerta de la Catedral, y sobre todo tal como la representaba dentro una estatua vieja de madera que había sido pintada, y que ahora era de un amarillo pálido y dorada por el tiempo. Llenaba la parte anterior de la mitra, de pie, arrebatada al cielo y sostenida por dos ángeles; debajo se extendía un paisaje muy lejano y muy fino. El reverso y las listas estaban enriquecidas con adornos de buen gusto, en forma de puntas de lanza.

—Esas señoras, añadió Feliciano, quieren hacer el regalo para la procesión del Milagro, y de ahí que haya elegido a Santa Inés.

—¡Excelente idea! dijo Hubert interrumpiéndole.

Hubertina añadió:

—¡Y gustará mucho a Monseñor!

La procesión del Milagro, que se hacía el 26 de Julio de todos los años, databa de Juan V de Hauteceur, y había sido establecida en acción de gracias por el poder milagroso que Dios le había otorgado a él y a su raza de salvar a Beaumont de la peste; poder que, según la *Legenda*, debía a la intervención de Santa Inés, de la cual eran los Huateceur muy devotos. De ahí la antigua costumbre de sacar a la imagen en procesión solemne por las calles el aniversario, en la piadosa creencia de que seguía apartando todos los males.

—¡Para la procesión del Milagro! murmuró al fin Angélica, con los ojos puestos en el dibujo. ¡Pero si es dentro de veinte días! No tendremos tiempo.

Los Hubert movieron la cabeza; con efecto, trabajo tal exigía mucho cuidado. Hubertina, dirigiéndose a la joven:

—Yo podría ayudarte, dijo; me encargaría de los adornos, y no tendrías que hacer más que la figura.

Angélica seguía examinando el dibujo, llena de turbación. No, no; se negaba; se defendía contra el dulce deleite de aceptar. Sería una cosa mala ser cómplice, porque no le había duda, Feliciano mentía: bien veía ella que no era pobre, y que el traje de obrero era un disfraz; y toda aquella sencillez fingida y toda aquella historia inventada para llegar hasta ella la ponía en guardia, aunque en el fondo se sintiese contenta y feliz, transfigurándose y considerando que debía ser un príncipe real, en la absoluta certeza en que vivía, de la cavil realización de su ensueño.

—No, repitió a media voz. No tendríamos tiempo.

Y sin alzar los ojos, prosiguió, como hablándose a sí misma.

—Para la santa no se puede emplear ni cordoncillo ni franja. Sería indigno; hace falta un bordado de oro anudado.

—Precisamente, dijo Feliciano, pensaba en este bordado. Sabía que esta señorita ha encontrado el secreto. Se conserva todavía un trozo muy bueno en la sacristía. . . .

Intervino Hubert con pasión:

—Sí, sí; es del siglo XV, y lo bordó una de mis tatarabueltas. Oro anudado . . . ¡ah! crea usted que no había labor más hermosa; pero exigía mucho tiempo y costaba mucho, porque necesitaba verdaderos artistas. Va ya para doscientos años que no se hace. Y si mi hija no quiere hacerlo, puede usted renunciar a ello, porque no hay otra capaz de emprenderlo; no conozco quien tenga la seguridad de ojos y de manos necesaria, más que ella.

Hubertina, en cuanto se habló del oro anudado, había sentido un gran respeto, y añadió muy convencida:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEX.

—Con efecto; en veinte días es imposible... ¡Se necesitaría una paciencia de hada!

Pero mirando fijamente á la Santa, Angélica acababa de descubrir una cosa que llenaba de alegría su corazón. Santa Inés se le parecía.

Al dibujar la antigua imagen, Feliciano debió de pensar en ella, y el pensamiento de que siempre la tenía presente y que la veía en todas partes, debilitaba su determinación de alejarlo. Al fin alzó la cabeza y le vió temblando, y en sus ojos húmedos una súplica tan ardiente, que se sintió vencida. Sin embargo, por cierta malicia y cierta ciencia natural que hay en las muchachas, hasta cuando lo ignoran todo, no quiso que pareciese que consentía.

—Es imposible, repitió devolviendo el dibujo. No lo haría por nada del mundo.

Feliciano hizo un ademán de verdadera desesperación. Lo que Angélica le negaba, bien le parecía comprenderlo. Marchándose, le dijo á Hubert.

—Por lo que toca al dinero, todo lo que usted me hubiese pedido. Las señoras llegarían hasta dos mil francos.

El matrimonio no era interesado, no; pero la cifra les emocionó. El marido miró á la mujer. ¡Qué lástima dejar escapar un encargo tan ventajoso!

—Dos mil francos, añadió Angélica con su voz dulce; dos mil francos.

Y la muchacha, para quien el dinero no representaba nada, contuvo una sonrisa maliciosa, que apenas contrajo los labios, divirtiéndose con la idea de no aparecer como cediendo al gusto de verle y darle una idea falsa de sí misma.

—¡Oh! ¡Dos mil francos!... Consiento. No lo haría por nadie; pero desde el punto y hora en que lo pagan bien... Si hace falta, velaré...

Entonces Hubert y Hubertina, á su vez, quisieron negarse, temiendo que se cansase mucho.

—No, no; no se puede despreciar el dinero que se nos entra por las puertas. Cuente usted conmigo. La mitra estará lista la víspera de la procesión.

Feliciano dejó el dibujo y se retiró con el corazón dolorido, sin atreverse á dar nuevas explicaciones y estar así un poco más. Bien veía que no le amaba y que había afectado no reconocerle, tratándole como á un parroquiano ordinario, del cual no se quiere más que el dinero. Al principio se enfureció, acusándola de bajeza de alma. Más valía así, se había acabado; no volvería á pensar en ella. Pero luego, á fuerza de pensar en la cosa, acabó por disculparla; ¿no vivía de su trabajo y no debía ganar el pan que comía?

Pasaron dos días; se sentía muy desgraciado y empezó á rondar la casa, enfermo de no verla.

Angélica no salía, ni siquiera se asomaba á la ventana. Y llegó á decirse que si ella no le quería á él y si no quería más que el dinero, él en cambio cada día la amaba más, como se ama de amor á los veinte años, sin razón, al azar de lo que pide el corazón, nada más que por el goce y el dolor de amar. Un día la vió y ¡cosa hecha! ahora la quería á ella y no á otra alguna, de cualquier modo que fuese: buena ó mala, bonita ó fea, pobre ó rica; y si no la hacía suya, se iba á morir.

Al tercer día fué tan grande su sufrimiento, que, faltando á su juramento de olvidarla, volvió á casa de los Hubert.

Llamó, y abrió la puerta el bordador, que en vista de la oscuridad de sus explicaciones, se decidió á hacerle subir otra vez.

—Hija mía, este señor desea explicarte no sé qué cosas que no entiendo bien.

—Si esto no molesta mucho á la señorita, balbuceó Feliciano. Quisiera ver... Esas señoras me han encargado que siga personalmente el trabajo... A no ser que estorbe...

Cuando Angélica le vió entrar, sintió su corazón latir

con violencia y hacérsele en la garganta un nudo; pero se dominó haciendo un esfuerzo; ni siquiera la sangre llegó hasta sus mejillas, y con mucha calma, y el aire indiferente, respondió:

—¡Oh! no, señor; no me molesta nada. Trabajo del mismo modo habiendo gente delante. De usted es el dibujo, y es natural que quiera usted ver la ejecución.

Perdió la serenidad Feliciano, que no se hubiera atrevido á sentarse á no ser por la acogida de Hubertina, que sonreía gravemente á un parroquiano tan importante, y que en seguida se puso á trabajar, inclinada sobre el bastidor, en el cual bordaba las franjas de los adornos góticos de la parte posterior de la mitra. Hubert, por su parte, se ocupó en descollar de la pared un pendón concluido y engomado que estaba puesto á secar hacia dos días y que había que aflojar. Nadie dijo palabra; las dos bordadoras y el bordador trabajaban como si no hubiese nadie delante.

En aquella profunda quietud el joven recobró un tanto su calma. Dieron las tres: la sombra de la Catedral crecía, y la media luz entraba por la ancha ventana abierta: era el crepúsculo que empezaba al mediodía para la casita fresca y verdeante, al pie del coloso.

Oyóse un ligero ruido de pisadas sobre las losas: un colegio de niñas que llevaban á confesar. En el taller, los instrumentos, viejos y las viejas paredes, todo lo que en él había inmutable, parecía dormir en el sueño de los siglos; desprendía también frescura y quietud. Un gran cuadrado de luz blanca, igual y pura, caía sobre el bastidor, sobre el cual se inclinaban las bordadoras, destacándose sus perfiles delicados en el reflejo mate del oro.

—Quisiera indicar á usted, señorita, empezó á decir Feliciano, molesto y conociendo que debía explicar el motivo de su visita, que para los cabellos me parece preferible el oro á la seda.

Angélica alzó la cabeza: la risa de sus ojos daba á entender claramente que si no tenía más que ad-

vertirla, podía no haberse molestado. Inclínose de nuevo, contestando con su voz dulcemente burlesca.

—¡Desde luego!

Sintióse Feliciano muy torpe, viendo entonces que precisamente estaba haciendo los cabellos. Delante de ella estaba su dibujo; pero pintado con colores de acuarela y dorado, con la dulzura de tonos de una miniatura antigua que ha perdido el color dentro de un devocionario.

Copiaba la imagen con la paciencia y la destreza del artista que pinta con un lente de aumento. Primero la había reproducido con perfiles gruesos sobre raso blanco, muy estirado, y forrado con una tela muy sólida, y luego había cubierto el raso de hilos de oro de abajo arriba, atados por los dos extremos sencillamente, libres y tocándose; luego, sirviéndose de los hilos como de una trama, los separaba con la punta de la aguja para encontrar debajo el dibujo y seguirlo, cosiendo los hilos de oro con puntadas de seda, de través, variadas según los matices del modelo. En los sitios de sombra, la seda tapaba por completo el oro; en las medias tintas, los puntos de seda se esparcían más y más; la luz estaba hecha con el oro solo, puesto al descubierto: oro anudado que la aguja matizaba de seda, resultando un cuadro de colores fundidos, como calentados por una gloria esplendente, con un brillo místico.

—¡Ah! dijo de pronto Hubert, que empezaba á aflojar el pendón, devanando en sus dedos el bramante que lo tenía tirante: la obra maestra de una bordadora de antaño era de oro anudado, como está escrito en los estatutos: «debe hacer una imagen sola, que sea de oro anudado, de la mitad de un fercio de altura.» A ti te hubieran aprobado, Angélica, y te hubieran recibido por maestra.

Volvió á reinar el silencio.

Para los cabellos, faltando á las reglas, Angélica había tenido la misma idea que Feliciano, no emplear la

seda y cubrir el oro con oro: así manejaba diez agujas de gancho de oro, con tonos diversos, desde el oro rojo oscuro del ascua que se apaga, hasta el oro amarillo pálido de los bosques en otoño. Así, pues, desde la garganta á los tobillos aparecía la santa vestida de un río de cabellos de oro. El chorro partía de la nuca, cubría los hombros con un manto tupido, desbordado por delante, partiéndose en dos olas que, uniéndose bajo la barba, llegaban hasta los pies: una cabellera milagrosa, fabulosa, con los rizos enormes, formando un vestido libre y vivo, como perfumado, de pura desnudez.

Aquel día Feliciano no supo hacer otra cosa que mirar á Angélica bordar los rizos, con puntadas de lado, en el sentido de su misma espiral, no cansándose de ver cómo los cabellos crecían y flameaban bajo su aguja. Su espesor, el estremecimiento que les hacía brotar de un golpe, le llenaban de dulce turbación. Hubertina, que estaba cosiendo lentejuelas, tapando el hilo que sujetaba con un poco de rizado, y se volvía de vez en cuando, la envolvía con su mirada tranquila cuando tenía que echar al cajón alguna lentejuela inútil. Hubertina, que había sacado los listones para descoser el pendón del plegador, se puso á doblarlo cuidadosamente. Y Feliciano, cuya turbación crecía con el silencio, acabó por comprender que debía tener la prudencia de marcharse, ya que no atinaba con ninguna observación de las que había pensado hacer.

Levantóse y tartamudeó:

—Volveré: he reproducido tan mal el precioso dibujo de la cabeza, que guizá necesitará usted alguna indicación mía.

Angélica puso sus ojos claros en los de Feliciano, y dijo tranquilamente:

—No, no... Pero vuelva usted si la ejecución le inspira algún cuidado.

Marchóse contento, con el permiso de volver, pero

desolado con tanta frialdad. Era cosa decidida: ni le amaba, ni le amaría nunca. ¿Para qué entonces? Y al día siguiente y los otros volvió á la fresca casa de la calle de los Plateros; las horas que pasaba fuera eran horribles, triturado con sus luchas interiores, presa de incertidumbres. Sólo hallaba calma al lado de la bordadora, casi resignado á no hablarla, consolándose de todo con tal de verla. Todas las mañanas llegaba decidido á hablarla de la obra, y se sentaba junto al bastidor, como si su presencia fuese necesaria, y le encantaba volver; hallar su fino perfil inmóvil, bañado por la rubia claridad de sus cabellos, y seguir el juego ágil de sus manitas flexibles, moviéndose entre las largas puntadas. Angélica era ahora muy sencilla para con él, tratándole como á un compañero; sin embargo, Feliciano sentía que entre los dos había cosas que ella no decía y que la angustiaban el corazón. A veces Angélica levantaba la cabeza, con su eterno aire de burla, los ojos llenos de impaciencia y de preguntas; pero viéndole asustado, volvía á su frialdad de siempre.

Pero Feliciano llegó á descubrir un modo de apasionarla, y abusaba de él. Consistía en hablarla de su arte, de antiguas obras maestras, de bordados que había visto, guardadas en los tesoros de las catedrales ó grabadas en los libros, soberbias capas pluviales, la de Carlomagno, de seda roja, con grandes águilas, con las alas desplegadas; la de Lyon, adornada con todo un mundo de figuras santas; una dalmática que dicen que es la mejor que se conoce, la dalmática imperial, en la que se celebra la gloria de Jesucristo en la tierra y en el cielo, Transfiguración, el Juicio final, cuyos infinitos personajes están bordados con sedas de distintos matices, de oro y plata, y también un árbol de Jessé, con el fleco recamado de seda sobre raso, que parece arrancado de una vidriera del siglo XV: abajo Abraham, David, Salomón, la Virgen, y arriba Jesús. Y casullas admirables: una de gran sencillez: Jesús en la

cruz sangrando, con manchas de seda roja sobre el paño de oro, teniendo á sus pies á la Virgen, sostenida por San Juan; y la casulla de Naintre en que se ve á María, sentada en su trono, los pies calzados de oro, con el Niño desnudo sobre sus rodillas. Y otras y otras maravillas desfilaban, venerables por sus muchos años, llenas de fé y de ingenuidad, en medio de riqueza, que hoy ya no existen, y conservando el olor del incienso y el místico resplandor del oro apagado del tabernáculo.

—¡Ah! decía Angélica suspirando. ¡Se acabaron aquellas cosas tan bonitas! Ni siquiera se pueden hallar los tonos.

Y con los ojos brillantes cesaba de trabajar cuando Feliciano la contaba le historia de los grandes bordadores y bordadoras de otros tiempos. Simona de Gaulia, Colin Jolie, cuyos nombres ha conservado la posteridad. Luego, moviendo de nuevo la aguja, se quedaba como embelesada, conservando en la cara la irradiación de su pasión de artista.

Nunca Feliciano la hallaba más bella, más estusiasta y mas original, ardiendo como una pura llama en el brillo del oro y de la seda, llena de aplicación profunda, y resultando su trabajo lleno de precisión, en aquellos puntos menudos en que ponía su alma toda. Paraba de hablar y le contemplaba, hasta que el silencio la hacía volver en sí y sentía la fiebre que en su alma había encendido. Se quedaba confundida y como derrotada, por lo cual volvía á su tranquila indiferencia, y con la voz incomodada decía:

—Bueno; ahora se enredan las sedas. Madre, no se mueva usted.

Hubertina, que no se había movido, sonreía tranquilamente.

Al principio la había inquietado la asiduidad del joven; hablaron del asunto ella y Hubert, un día al acostarse, pero el joven no les disgustaba; parecía muy decente; ¿á qué oponerse á unas entrevistas de las que podría sa-

lir la dicha de Angélica? Así, pues, dejaba que las cosas siguieran su curso, vigilando siempre con su aire lleno de prudencia. Por otra parte, hacia algunas semanas que vivía emocionada ante el recrudecimiento de vana ternura de su marido. Era aquel el mes en que habían perdido á su hijo, y esta fecha todos los años despertaba en ellos la misma tristeza, los mismos deseos: él temblando á sus pies, ardiendo por creerse al fin perdonado; ella amante y desolada, entregándose por entero, pero desesperando de vencer al destino. No hablaban de esto ni cambiaban un beso delante de la gente; pero el recrudecimiento de su amor brotaba de su habitación; se desprendía de su ser todo, al menor gesto, al encontrarse sus miradas y olvidarse de todo un segundo, clavados los ojos; formaba aquello como un grave acompañamiento de la idilica armonía amorosa de los jóvenes.

Transcurrió una semana; el trabajo de la mitra adelantaba. Las entrevistas diarias habían adoptado el tono de una gran dulzura familiar.

—La frente muy alta, ¿no es esto? sin pestañas...

—Sí, muy alta; cómo en las miniaturas de la época.

—Déme usted la seda blanca.

—Espere que la enhebre.

La ayudaba, y era como un apaciguamiento aquella obra entre dos, que les volvía á la realidad de todos los días. Sin haber pronunciado una palabra de amor, sin que ni una vez sola hubiesen rozado involuntariamente sus dedos, el lazo se estrechaba á cada hora que pasaba.

—Padre, ¿qué hace usted? No se le oye.

Se volvía, y veía al bordador, las manos ocupadas en llenar de oro un gancho, la mirada vaga y fija en su mujer.

—Doy oro á tu madre.

Llevaba el gancho, dábale gracias sin hablar Hubertina, y de todo esto, de su continua diligencia hacia su mujer, se desprendía un aliento templado y acariciador

que rodeaba á Angélica y á Feliciano, nuevamente inclinados sobre el bastidor. El mismo taller, el antiguo cuarto con los viejos enseres, era su cómplice. Tan lejano de la calle parecía, como hundido en el fondo del país de las almas buenas, en que reina el prodigio, la fácil realización de todas las alegrías.

Dentro cinco días había que entregar la mitra, y Angélica, segura de acabarla y hasta de ganar veinticuatro horas, al fin respiró y se extrañó de encontrar á Feliciano tan cerca de ella, inclinado sobre el bastidor. ¿Eran compañeros? Ni siquiera luchaba con lo que sentía en él de conquistador victorioso, y ya no sonreía llena de malicia á todo lo que él ocultaba y que ella adivinaba. Entonces, ¿qué la había dormido en aquella eterna espera? Y volvía la pregunta de siempre, que todas las noches se hacía al acostarse: ¿le amaba? Durante largas horas, acurrucada en su gran cama, había vuelto del revés las palabras, buscando en ellas sentidos que se le escapaban.

De pronto, aquella noche sintió que se le partía el corazón y deshacerse en lágrimas, la cabeza hundida en la almohada para que no la oyesen. Sí, le amaba, le amaba hasta morir. ¿Por qué? ¿Cómo? No lo sabía, ni lo sabría nunca, pero le amaba; todo su ser á voces lo proclamaba. Se había hecho la claridad, y el amor brotaba como la luz del sol. Lloró mucho, llena de confusión y dicha inefables, con el remordimiento de no haberlo confiado á Hubertina. Su secreto la ahogaba, é hizo un firme juramento: el de volverse de hielo y sufrir mil muertes antes que dejarle ver su amor. Amarle, amarle sin decírselo, era el castigo, la penitencia que haría perdonar su falta. Y esto le hacía sufrir entre mil delicias, y pensando en los mártires de la *Leiyenda*, le parecía que era algo así como su hermana, al sufrir así, y que su guardiana Inés la miraba con ojos dulces y tristes.

Al día siguiente Angélica acabó la mitra; había bor-

dado con sedas rajadas, más tenues que los hilos de la virgen, las manecitas y los piecitos, únicos trozos de blanca desnudez que salían de la real cabellera de oro. Terminó la cara, delicada como un lirio, en la cual aparecía como la sangre de las venas bajo la epidermis de las sedas. Y aquella cara de sol brillaba sobre el horizonte de la llanura azul, arrebatada por dos ángeles.

Cuando entró Feliciano, lanzó un grito de admiración

—¡Oh! ¡Cómo se le parece á usted!

Fué aquello como la confesión involuntaria de la semejanza que había puesto en el dibujo. Comprendiólo, y se puso muy encarnado.

—Es verdad, niña; tiene tus hermosos ojos, dijo Hubert acerbándose.

Hubertina, que lo había advertido hacía mucho tiempo, no hizo más que sonreír, y pareció sorprenderse y hasta entristecerse cuando oyó á Angélica costestar con su voz antigua de los días malos:

—¡Mis hermosos ojos! ¡Ríase usted de mí! ¡Soy fea; ya lo sé!

Y luego, levantándose y sacudiendo el vestido, exagerando su papel de muchacha interesada y fría:

—Vamos, dijo. Ya se acabó. Ya me pesaba; ¡qué gran desahogo! Por supuesto, que por el mismo precio no lo volvería á hacer.

Feliciano la escuchaba pasmado. ¡El dinero otra vez! ¡Habíala visto tan tierna y con tanta pasión por su arte! ¿Es decir que se había engañado y volvía á hallarla sensible no más que al dinero, indiferente hasta el punto de haber concluído todo y no volverle á ver? Hacía algunos días que se desesperaba, buscando en vano un pretexto para volver. ¡Y no le amaba, ni le amaría nunca! Sintió en el corazón un dolor tan grande, que sus ojos palidieron.

—Señorita, ¿usted misma montará la mitra?

—No; lo hará mucho mejor mi madre. Estoy satisfecha de no tener que tocarla más.

—¿De modo que á usted no le gusta su trabajo?

—¿A mí? Yo no quiero nada.

Fué preciso que Hubertina la hiciese callar con severidad; y rogó á Feliciano que dispensase á aquella niña nerviosa, añadiendo que al día siguiente, á primera hora, tendría á su disposición la mitra. Era una despedida, pero Feliciano no se fué: se quedó mirando el antiguo taller, impregnado de paz y de sombra: le pareció que le arrojaban del paraíso. Allí había sentido la ilusión de horas tan dulces, y sentía que allí quedaba su corazón arrancado del pecho. Lo que más le atormentaba era el no poder explicarse y tener que llevar consigo la horrible incertidumbre. Al fin tuvo que marcharse.

Apenas cerró la puerta, Hubert preguntó:

—¿Qué tienes, muchacha? ¿Te sientes mal?

—No, no: ese chico que me fastidiaba. No quiero volverlo á ver.

Hubertina intervino:

—Bueno, no le verás más; pero esto no impide el ser atenta con las gentes.

Angélica, con un pretexto cualquiera, subió, apresuradamente á su cuarto, y allí estallaron los sollozos. ¡Qué feliz era, y cuánto sufría! Su pobre amor adorado, ¡qué triste debía haberse ido! Pero lo había jurado á las Santas. Le quería hasta la muerte, y nunca se lo diría.



En la tarde del mismo día, en cuanto acabaron de comer, Angélica dijo que no se encontraba bien, y subió á su cuarto. Las emociones de la mañana, las luchas consigo misma sostenidas, le habían rendido.

Se acostó en seguida, y se echó á llorar, tapándose la cabeza con las sábanas, presa de violenta desesperación y de deseo de anonadamiento, de no existir.

Deslizáronse las horas y llegó la noche; una ardiente noche de Julio, cuya pesada quietud entraba por la ventana, abierta de par en par. En el cielo negro relucía el hormigueo de las estrellas: debían ser las once, ó muy cerca: la luna no salía hasta media noche, y el cuarto menguante estaba muy adelantado.

El cuarto estaba lleno de oscuridad, y Angélica lloraba con un raudal inagotable de lágrimas, cuando un golpe dado en la puerta le hizo levantar la cabeza.

—¡Angélica!... ¡Angélica!... ¡Hija mía!...

Reconoció la voz de Hubertina, que indudablemente, al ir á acostarse con su marido, había oído el lejano rumor de sollozos, y sobresaltada y á medio vestir, subía á ver qué era.

—¡Angélica! ¿Te encuentras mal?

Conteniendo la respiración, Angélica no contestó: no sentía más que el deseo vehemente de estar sola, como único alivio á su mal. Una caricia, una palabra de